

COMUNICADOS DE LA TORTUGA CELESTE

ANDRÉS IBÁÑEZ

¿POR QUÉ NADA FUNCIONA?

No sé si estarán de acuerdo conmigo, pero vivimos en una época en la que NADA FUNCIONA. Es decir (aclaramos), no es que las cosas no funcionen, sino que las cosas que antes funcionaban o las cosas que siempre habían funcionado, de pronto ya no funcionan. Por «cosas» entiendo todo tipo de cosas, tales como: leyes, ideas, principios, máquinas, sistemas, procesos, estilos, soluciones, modos de comportamiento, hábitos, etc.

Hace ahora unos veinte años que oí por primera vez eso de que en el año 2012, de acuerdo con el calendario maya, «se iba a acabar el tiempo». Yo no conozco ningún calendario maya, el famoso calendario en forma de rueda tallada en piedra no es en absoluto maya, sino azteca, pero supongo que habrá un calendario maya en algún sitio y supongo que tal calendario predice, suponiendo que seamos capaces de interpretarlo, que el «tiempo» durará hasta nuestro año 2012. ¿Y después?, les preguntaba yo a mis amigos con mucha coña. No habrá después, me decían mis amigos. ¿Será el fin del mundo?, decía yo. No, me decían mis amigos con paciencia. Será el fin del TIEMPO.

Coñas aparte, lo cierto es que por una de esas increíbles casualidades de la vida, la Historia de Occidente parece estar llegando a un fin de ciclo, y que ese fin de ciclo es ahora más evidente que hace un año, y sin duda lo será todavía más evidente el año que viene, que es el famoso 2012 de la profecía maya.

Días de oscuridad

Una de las cosas que parece decir la profecía es que las cosas dejarán de funcionar. No sé cómo una profecía surgida de una cultura donde no había máquinas ni apenas mecanismos podría predecir algo así. Al parecer, se anuncian «tres días de oscuridad», aunque ya sabemos que en las profecías «tres días» no tienen por qué ser tres días hábiles, sino más bien tres días metafóricos. Sea como sea, por una de esas increíbles casualidades de la vida, vemos a nuestro alrededor que LAS COSAS YA

NO FUNCIONAN. Y que las cosas, procedimientos, técnicas, estrategias, leyes, ideas, principios, valores, etc. que antes aplicábamos o empleábamos para enfrentarnos a los conflictos parecen haber perdido toda capacidad operativa.

Vivimos en una época en la que todas las ideas, principios, valores y teorías nos suenan a ANTICUADOS. El hecho es que no tenemos otros, o si los tenemos todavía no sabemos usarlos ni sabemos muy bien dónde están ni cuáles son. Ya que no cabe duda de que la solución a TODOS NUESTROS PROBLEMAS está cerca, aquí mismo, entre nosotros, a la vista, quizá de forma evidente, aunque no la vemos porque no la reconocemos, de igual modo que un hombre medieval podría morir de sed al lado de una máquina expendedora de Coca-Cola. No la reconocemos porque, aunque evidente y al alcance de la mano, no tenemos todavía órganos para percibirla. Sobre todo porque seguimos empeñados en solucionar las cosas del modo que lo hacíamos antes.

Al mismo tiempo

Ustedes perdonen si no doy ejemplos concretos. Dado que este es un fenómeno universal, los ejemplos están por todas partes, y dar unos ejemplos haría que el fenómeno pareciera más pequeño de lo que es. Estoy convencido además de que todos mis lectores habrán sentido más de una vez y más de dos y más de tres que todo está cambiando al mismo tiempo en todas las áreas, tanto en el trabajo como en la diversión, en la economía como en las relaciones personales, en el arte como en la guerra, en la forma de hacer política como en la de comprar y vender, en la moda como en la infancia.

Me dirán que las cosas siempre están cambiando. Falso. Las cosas siempre están inmóviles en una posición y DE PRONTO están en otra. Pero lo que está sucediendo ahora va más allá del mero «cambio». Es como si por todas partes y al mismo tiempo, una enorme máquina que lleva siglos funcionando se estuviera deteniendo. Una máquina tan grande como el mundo.

EL SUEÑO ES VIDA

MARTIN DRESSLER:
HISTORIA DE UN
SOÑADOR AMERICANO

STEVEN MILLHAUSER
Traducción de Marta Alcaraz
Libros del Asteroide
Barcelona, 2011
272 páginas, 21,95 euros
★★★★



Mientras por estos días se publica en Estados Unidos una antología personal de sus relatos -We Others: New and Selected Stories- con rango de clásico vivo y raro, la trayectoria de Steven Millhauser (Nueva York, 1943) ha sido más bien errática en lo que se refiere a nuestro idioma. Varios títulos -editados en España, Argentina y Chile- aparecieron y desaparecieron sin dejar rastro en librerías, aunque sí en las bibliotecas de aquellos que tuvieron la fortuna o la astucia de cruzarse con él y con las extrañas alucinaciones de un narrador poco dado a entrevistas y que, más allá de los premios, sigue dando clases de literatura con aire de Mr. Chips reinventado por Tim Burton.

Así, este más que oportuno rescate de *Martin Dressler* (con el que tan inesperada como merecidamente ganó el Pulitzer de 1997) es una nueva ocasión para descubrirlo. Y Martin Dressler -al igual que el precoz y suicida escritor Edwin Mullhouse (el ilusionista Eisenheim a quien Edward Norton interpretó en la gran pantalla) o el obsesivo dibujante de cómics J. Franklin Payne- es amo y esclavo de sus quimeras. Y (constante *millhauseriana*) es un solitario y un enamorado. Es decir: un romántico. Y, a finales del siglo XIX, el romanticismo de Dressler no pasa por los castillos en el aire, pero sí por los

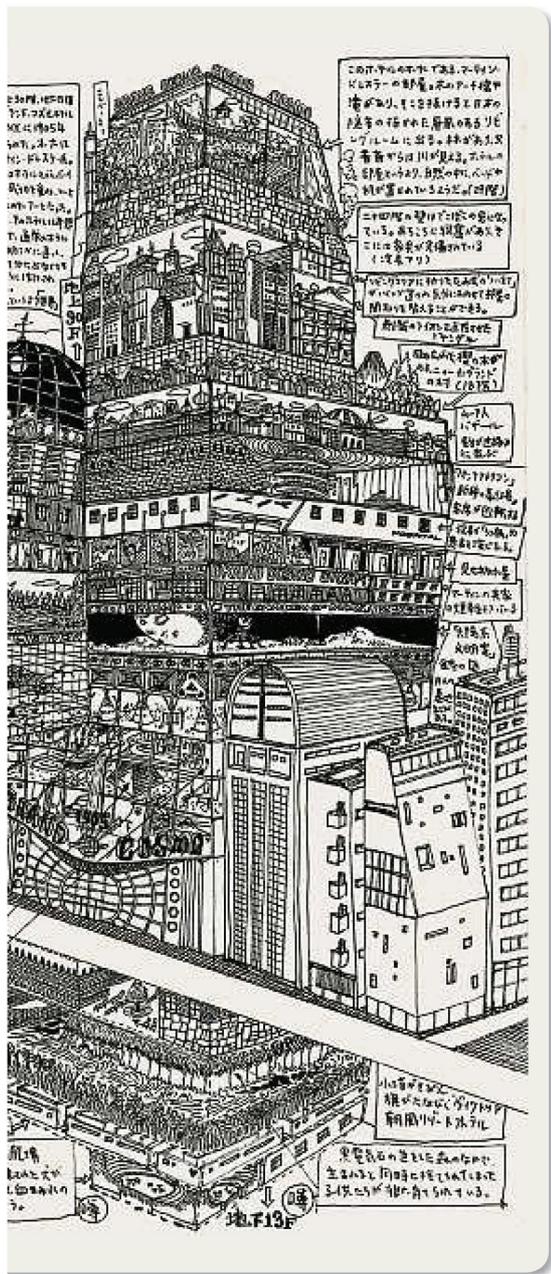
hoteles en el aire. Eslabón perdido entre E. T. A. Hoffmann y Horatio Alger, el *entrepeneur* Dressler se lanza a la caza del hotel temático perfecto y la novela de su vida narra el nacimiento, ascenso y relativa caída de un «soñador americano» que aspira a la construcción de un hotel que contenga en sus entrañas todo el universo. Es en esta novela de Millhauser donde la intención «moral» -presente en todos sus libros- se hace más evidente, así como la crítica implícita a un país fascinado por la idea del doble y la robotización.

Delicada prepotencia

En este sentido, *Martin Dressler* -en el detallista retrato del fin de siglo pasado y en sus intenciones de denunciar con exquisitos modales el orden antinatural de las cosas- es, más allá de su filiación extranjera con Kafka, Borges o Calvino, una gran novela americana. Explicó Millhauser: «La serie de Hoteles Dressler refleja la pasión norteamericana por las réplicas, por simular ambientes. Es esa fascinación tan nuestra por las versiones falsas de las cosas. Una forma de ver la cultura norteamericana es como una constante lucha entre los valores materiales y espirituales [...]. Así, la revolución industrial puede ser considerada como un repentino salto hacia el lado material del carácter norteamericano. Desde ese lado, el gran éxito que supimos conseguir en nuestra faceta industrial acabó representando una fa-



lla en nuestra cultura». Hacia el final de *Martin Dressler*, su héroe soñador se despierta solo para hundirse más profundo en un sueño del que ya difícilmente podrá salir. Es el sueño realizado. El hotel como infinita cosmogonía íntima. Y cuando los personajes de Millhauser se despiertan, las con-



A la izquierda, cómic japonés basado en «Martin Dressler», de Millhauser (arriba), autor del cuento que inspiró el filme «El ilusionista» (abajo)



secuencias son impredecibles, porque sus sueños acaban por imponerse a la realidad del otro con delicada prepotencia.

Páginas emocionantes

Cuando nos damos cuenta, el mundo es un sitio diferente y no necesariamente mejor. Pero es un mundo que pertenece a los embrujados de este autor que, finalmente, deciden abandonar en busca de otros nuevos. Las emocionantes últimas páginas de *Martin Dressler* son ejemplo de esto: el artista rechaza su obra cuando esta amenaza con anularlo. Volver a empezar entonces. Como hace Millhauser con cada libro. Y, si el sueño de la razón produce monstruos, el sueño de la supuesta irracionalidad de Millhauser –para quien el sueño es vida– ha producido maravillas durante casi cuarenta años. Nada hace pensar que quiera despertarse. «Los relatos, como los trucos de magia, se inventan porque la historia no se adecua a nuestros sueños», dice Eisenheim en otra fantasía de Millhauser. Y no miente, aunque nos engañe. Que duerman bien.

RODRIGO FRESÁN

EL ARTE DE LAS FORMAS BREVES



TRASTORNOS LITERARIOS

FLAVIA COMPANY
Páginas de Espuma
Madrid, 2011
285 páginas, 19 euros

★★★★

El microrrelato es un género que invita a la agudeza y arte de ingenio, consecuencia muchas veces de la propia brevedad, según cifró para el conceptismo el propio Baltasar Gracián. Muchos autores abusan de tal vínculo hasta convertir sus hiperbreves en chistes y meras ocurrencias, que es el lastre mayor que aqueja a los visitantes menos buenos de este género (que son legión). Por supuesto, no es el caso de sus mejores cultivadores, ponga por caso a Ana María Shua. Tampoco ha cedido Flavia Company a esa tentación y eso que su libro está planteado como versiones distintas de la agudeza con que se vierte un buen ingenio; pero por fortuna casi todos los microrrelatos esconden un poso mayor tras la pirueta verbal o de situación que nutre la anécdota, con desarrollo bien reflexivo, bien de denuncia moral respecto a situaciones de la vida cotidiana. *Trastornos literarios* está organizado en tres partes que tienen como partida un pie forzado al que la autora se obliga.

(Des)equilibrio

La que da título al conjunto es la ejecución de alguna figura retórica cuya definición se incluye al final del cuento, sea la litotes, la sinécdoque (a la que se llama aquí figura, siendo tropo), hasta la jitanjáfora de Alfonso Reyes, que inspira uno de los mejores. Este ejercicio ejecuta una variedad notable de juegos, ya sea con el sonido, la sintaxis, o también (en los mejores cuentos) al realizar formas de (des)equilibrio con las que los personajes dan rienda suelta a sus obsesiones y frustraciones. El conjunto muestra a una autora hábil, que domina bien las formas y hace gala de un notable ingenio. Te hace reír a veces y sonreír casi siempre, porque

las situaciones permiten reconocer comportamientos de la burguesía urbana. Lo único que podría objetarse es que el territorio imaginativo ha discurrido muchas veces por tópicos muy semejantes y restringidos a lo familiar (la casada infeliz, las relaciones padre-hijo), por lo que el libro realiza muy bien el recurso formal, pero restringe demasiado el universo temático.

Dotes persuasivas

Le ocurre menos en las siguientes dos partes del libro. En la titulada «Frases (muy) hechas», en vez de ser una figura retórica el punto de partida, es una frase hecha, del tipo «Jugarse la piel», «Buscarle las pulgas a alguien», y se crea una historia que reproduce literalmente la frase. Aquí la agudeza es menos lingüística que en la serie anterior, y lo es desde la situación que se crea, jocosa, a veces absurda. Excepto en unos pocos casos en que se ha forzado en exceso tal absurdo, el cuento resuelve bien la parodia o la sátira.

El tercer ejercicio es distinto: a partir de una noticia aparecida en prensa, tomando los ingredientes del titular, se crea una historia alternativa que narra cómo podrían haber sido los antecedentes que han llevado a tal disparate o tragedia, para los que desarrolla una inventiva nueva. Company muestra en este libro, divertido y con no menores dotes persuasivas para la denuncia de actitudes, que también, cuando se trata de ejercicios de estilo, una escritora puede sacar fruto del pie forzado que ha elegido como punto de partida. Es un libro inteligente que destaca por el uso de posibilidades lingüísticas para que los «trastornos literarios» sean espejo de otros, psicológicos y sociales.

J. M. POZUELO YVANCOS

MICHEL HOUELLEBECQ
El mapa y el territorio
"Consagra a quien lo ha escrito" (R. Saladrigas); "De lejos el mejor escritor francés" (S. Gamboa, El País); "Una bomba de relojería" (N. Azancot, El Cultural); "Sólo dejaría indiferente a un muerto" (A. Lozano, La Vanguardia)
ANAGRAMA